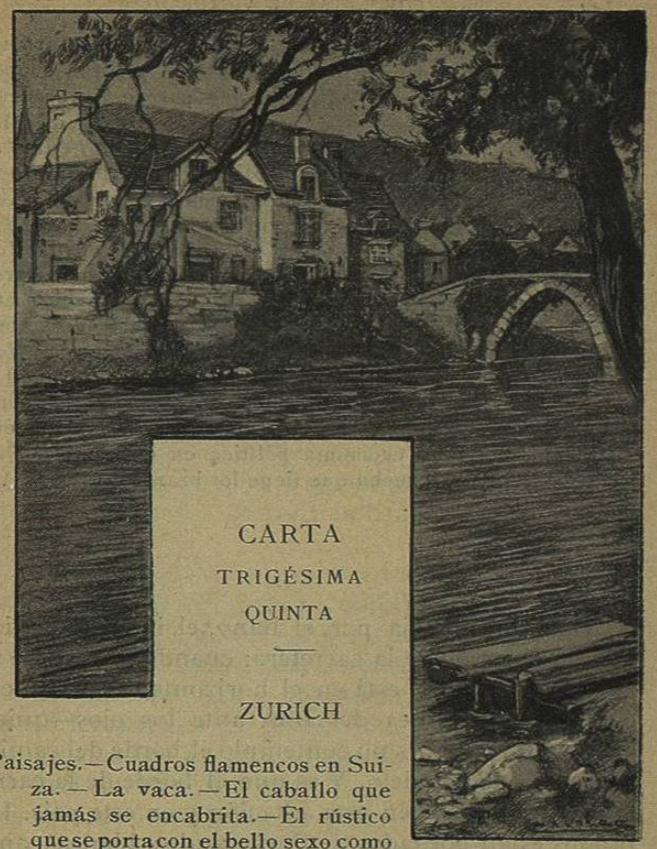
nos que sea, como yo, más curioso que arqueólogo, más vagabundo de carreteras que viajero. Soy un grande observador de todo y nada más, pero creo tener razón; toda cosa contiene un pensamiento; y procuro extraer el pensamiento de la cosa. Es una química como otra cualquiera.



CARTA TRIGÉSIMA QUINTA

ZURICH

Paisajes.—Cuadros flamencos en Suiza.—La vaca.—El caballo que jamás se encabrita.—El rústico que se porta con el bello sexo como si fuese discípulo de Buckingham.—La colmena y la cabaña.—Microcosmos.—Lo grande en lo pequeño.—Sekingen.—El valle del Aar.—Qué ruina famosa lo domina.—Brugg.—El autor, después de largo y paciente estudio, da una multitud de detalles científicos é importantes respecto á la *cabeza de huno* esculpida en la muralla de Brugg.—Trajes y costumbres.—Las mujeres y los hombres en Brugg.—Cosa que se comprende en todas partes, menos en Brugg.—El autor describe, en interés del arte, un sombrero, que es, respecto de todos los sombreros conocidos, lo que el orden compuesto es á los

cuatro órdenes regulares.—Riesgo que se corre pronunciando mal la primera palabra de una proclamación.—Baden.—El Limmat.—Fuente que parece un arabesco dibujado por Rafael.—*Aquæ verbigenæ*.—Puesta de sol.—Paisaje.—Sombría visión y sombrío recuerdo.—Las aldeas.—Teoría de la cabaña zuriquesa.—El viajero se duerme en su coche.—Dónde y cómo despierta.—Una cripta como no ha visto jamás otra igual.—Zurich en pleno día.—El autor habla muy mal de la ciudad y muy bien del lago.—La góndola-fiacre.—El autor se explica la insurrección de Zurich.—El fondo del lago.—A quién debe gustar mucho la ciudad de Zurich.—¿Qué se ha hecho de la torre del Wellemberg?—El autor trata de perjudicar al *Hotel de la Espada* por la razón de que ha estado muy mal en él.—Un verso de Ronsard que el mesonero podría poner en su muestra.—Etimología, arqueología, topografía, erudición, citación y economía política en ocho líneas.—En donde el autor prueba que tiene los brazos largos.

Septiembre.

Cuando se viaja por el llano, el interés del viaje está en el borde de la carretera; cuando se recorre un país de montañas, está en el horizonte. Yo—aun con esa admirable línea del Jura ante los ojos—quiero verlo todo, y lo mismo contemplo el borde del camino que el borde del cielo. Y es que el borde de la carretera es admirable en esta estación y en este país. Los prados están bordados de flores azules, blancas, amarillas, moradas, como en la primavera; magníficas zarzas rascan al paso la caja del coche; aquí y allá, algunas escarpas cortadas á pico imitan la forma de las montañas, y algunos hilillos de agua, gruesos como el pulgar, parodian los torrentes; por todas partes las arañas de otoño han tendido sus hamacas sobre las mil puntas de los matorrales; el rocío se desliza por ellas como gruesas perlas.

Y luego siguen algunas escenas domésticas, en las

que ponen de manifiesto las originalidades locales. Cerca de Rhinfelden, tres hombres herraban una vaca que tenía aspecto estúpido, imposibilitada de moverse dentro del potro. En Augst, un pobre y deforme árbol, apoyado en una horquilla, servía de caballo á los muchachos del pueblo, pilluelos que tienen á Roma por abuela. Cerca la puerta de Basilea, un hombre pegaba á su mujer, lo que hacen los campesinos como los reyes. ¿No le decía Buckingham á madama de Chevreuse, *que había amado á tres reinas, y que se había visto obligado á apalear á las tres?* A cien pasos de Frick, vi una colmena puesta sobre una tabla encima de la puerta de una cabaña. Los labradores entraban y salían por la puerta de la cabaña, las abejas entraban y salían por la puerta de la colmena; hombres y moscas trabajaban para mayor gloria de Dios.

Todo eso me divierte y me encanta. En Friburgo olvidé largo rato el inmenso paisaje que tenía ante mis ojos por el cuadro de césped en que me sentaba. Estaba sobre una pequeña eminencia salvaje de la colina. Allí también había un mundo. Los escarabajos andaban lentamente por debajo las profundas fibras de la vegetación; algunas flores de cicuta en forma de parasol imitaban los pinos de Italia; una hoja larga, semejante á una vaina de habichuela entreabierta, dejaba ver algunas bellas gotas de lluvia como un collar de diamantes en un cofrecito de raso verde; un pobre zángano mojado, de terciopelo amarillo y negro, subía penosamente á lo largo de una rama espinosa; espesas nubes de mosquitos le ocultaban la luz; una campanilla azul temblaba al viento, y toda una nación de pulgones se había abrigado bajo aquella enorme tienda; cerca de un charco de agua que no habría llenado una cubeta, veía salir del limo y retorcerse hacia el cielo, aspirando el aire, una lombriz de tie-

rra semejante á los boas antidiluvianos, y que tal vez tenga, en el universo microscópico, su Hércules para matarle y su Cuvier para describirlo. En suma, aquel universo es tan grande como el otro. Yo me consideraba Micromegas; mis escarabajos eran *megatherium giganteum*, mi moscardón era un elefante alado, mis mosquitos eran águilas, mi cubeta de agua era un lago, y aquellas tres matas de altas hierbas eran un bosque virgen. ¿Me reconocéis ahora, amigo? En Rhinfelden, las exuberantes muestras de albergues me han ocupado como si fueran catedrales; mi espíritu está hecho así; en ciertos momentos un estanque de aldea, claro como un espejo de acero, rodeado de cabañas y surcado por una flotilla de patos, me regala tanto como el lago de Ginebra.

En Rhinfelden se deja el Rhin y no vuelve á verse más que un instante en Sekingen; una fea iglesia, puente de madera cubierto, ciudad insignificante en el fondo de un delicioso valle. Luego la carretera corre á través de risueños pueblecitos, sobre una anchurosa y alta meseta al rededor de la cual se ve brincar á lo lejos el monstruoso rebaño de los montes.

De pronto se encuentra un grupo de árboles cerca de un albergue, se percibe el ruido de la rueda que se traba, y la carretera se hunde en el deslumbrante valle del Aar.

La mirada se lanza de pronto al fondo del cielo y encuentra, por línea extrema, ásperas, abruptas y rugosas crestas, que me parece han de ser las Cimas Grises; luego corre á lo hondo del valle á buscar Brugg, linda villa tendida y encerrada entre una pintoresca ligadura de murallas y almenas, con un puente sobre el Aar; después vuelve á subir á lo largo de una sombría prominencia llena de bosque y se detiene en una elevada ruina. Aquella ruina es el castillo de Habsburgo, la cuna de la casa de Austria. Largo

rato contemplé aquella torre, de donde voló el águila de dos cabezas.

El Aar, obstruído de rocas, desgarra en cabos y en promontorios el fondo del valle. Ese hermoso paisaje es uno de los grandes lugares de la historia. Roma se ha batido allí, la fortuna de Vitelio aplastó la de Galba, el Austria nació en él. De aquel ruinoso torreón, construído en el siglo XI por un simple gentilhombre de la Alsacia llamado Radbot, fluye sobre toda la historia de la Europa moderna el río inmenso de los archiduques y los emperadores.

Al norte, el valle se pierde en una bruma. Allí está la confluencia del Aar, del Reuss y del Limmat. El Limmat viene del lago de Zurich y aporta las fuentes del monte Todi; el Aar viene de los lagos de Thun y de Brienz, y aporta las cascadas del Grinsell; el Reuss viene del lago de los Cuatro Cantones, y aporta los torrentes del Righi, del Windgalle y del Monte Pilatos. El Rhin lleva todo eso al Océano.

Todo lo que acabo de describiros, esos tres ríos, aquella ruina y la forma magnífica de los bloques que roe el Aar, llenaban mi fantasía mientras el coche bajaba al galope hacia Brugg. De pronto me despertó la deliciosa manera como se compone la ciudad al acercarse á ella. Es uno de los más encantadores revoltillos de techumbres, torres y campanarios que haya visto en mi vida. Siempre me había prometido, si alguna vez iba á Brugg, fijarme en un antiquísimo bajo relieve incrustado en la muralla junto al puente, que, según dicen, representa una cabeza de huno. Como era domingo, el puente estaba cubierto por un haz de lindas muchachas curiosas, sonrientes, en sus más bellas galas, de suerte que me hicieron olvidar la cabeza de huno.

Cuando me acordé, la ciudad estaba á una legua tras de mí.

Con su escarapela de cintas en la frente, menos exagerada en Friburgo, su coraza de terciopelo negro cruzada de cadenas de plata y de hileras de botones, su corbata de terciopelo con las puntas bordadas de oro atada al cuello como la gorguera de hierro de los caballeros, su falda obscura de abundantes pliegues y su avispado semblante, las mujeres de Brugg parecían todas bonitas; muchas lo son. Los hombres se visten como nuestros albañiles en domingo, y son feísimos. Comprendo que haya enamorados en Brugg; lo que no concibo es que haya enamoradas.

La ciudad, limpia, sana, de aspecto dichoso, hecha de bonitas casas casi todas labradas, no es menos apetitosa por dentro que por fuera. Una cosa singular es que los dos sexos, en sus reuniones domingueras, juegan al juego de Alfeo y Aretusa. Cuando atravesé la ciudad, vi á todas las mujeres en la puerta del Puente, y á todos los hombres al otro extremo de la calle mayor, en la puerta de Zurich. En los campos, los sexos no se mezclan más que allí; encontráis un grupo de hombres, y luego un grupo de mujeres. Esa costumbre, que hasta influye en los niños, es propia de todo el cantón y llega hasta Zurich. Es una cosa extraña, y, como muchas cosas extrañas, muy prudente. En este país de savia y de belleza, de naturaleza exuberante y de vestidos exquisitos, la naturaleza tiende á dar atrevimiento al hombre, el vestido hace coqueta á la mujer; interviene la costumbre, separa los sexos é interpone una barrera.

Aquel valle, por lo demás, no es tan sólo un confluyente de ríos, sino también un confluyente de maneras de vestir. Se pasa el Reuss, y la coraza de terciopelo negro se convierte en un corpiño de damasco con flores, en el centro del cual las muchachas cosen un ancho galón de oro. Se pasa el Limmat, y la falda obscura se vuelve encarnada con un delantal de muselina bordada. Todos los tocados se mezclan igualmente; en diez minutos encontráis hermosas muchachas con grandes y exorbitantes peinetas como en Lima, con sombreros de paja negra de alta copa como en Florencia, ó con un encaje sobre los ojos como en Madrid. Todas llevan un ramo de flores naturales al lado. Refinamiento.

Es tanta la variedad de los tocados, que ya nada podía sorprenderme. Pasado el puente del Reuss, hay una pequeña cuesta. Yo la subía á pie, cuando veo venir hacia mí á una anciana cubierta con una especie de ancho sombrero español de cuero negro, en cuyo adorno entraban por coronamiento un par de botas y un paraguas. Iba á tomar nota de ese caprichoso tocado, cuando me apercibí que aquella mujer llevaba simplemente la maleta de un viajero. El viajero la seguía á pocos pasos; un buen hombre que se las echaba probablemente de hablar francés, y que se me acercó para contarme la revolución de Zurich. Todo lo que he podido comprender, á través de su algarabía, es que había habido una proclamación del burgomaestre, y que la tal proclamación empezaba así: *¡Braves iroquois!* Presumo que el buen hombre quería decir: *¡Braves zuriquois!*

El valle del Aar posee dos lindos brazaletes: Brugg, que lo abre, y Baden, que lo cierra. Baden está sobre el Limmat. Le sigue después cosa de media hora la orilla del Limmat, que hace un ruido horrible en el fondo de un bonito barranco, cuyos desprendimientos están todos plantados de vides. De pronto una puerta torreón con cuatro torrecillas intercepta la carretera; por debajo de esa puerta se precipitan revueltas en el barranco algunas casas de madera, cuyas buhardillas parece que van dando tumbos; por encima, entre los árboles, se yergue un viejo castillo arruinado, cuyas almenas forman una cresta de gallo á la montaña. En

lo más hondo, bajo un puente cubierto, el Limmat pasa presurosamente sobre un lecho de rocas que da á las ondas una forma violenta. Y luego se divisa un campanario con tejas de color que parece revestido con una piel de serpiente. Es Baden.

En Baden hay de todo, ruinas góticas, ruinas romanas, aguas termales, una estatua de Isis, excavaciones donde se encuentran muchos dados de juego, un palacio comunal, donde el príncipe Eugenio y el mariscal de Villars trocaron sus firmas, etc. Como deseaba llegar á Zurich antes de que anocheciera, me contenté con mirar desde mi asiento, mientras cambiaban los caballos, una bonita fuente del renacimiento, rematada, como la de Rhinfelden, por una altiva y severa figura de soldado. El agua manaba de la boca de un espantable grifo de bronce que retuerce la cola entre los herrajes de la fuente. Dos pichones domésticos se habían encaramado en aquel grifo, y uno de ellos bebía mojándose el pico en el redondo chorro de agua que caía del caño al pilón, delgado como un cabello de plata.

Los romanos llamaban á las aguas termales de Baden, las *aguas habladoras (aquæ verbigenæ)*. Cuando os escribo, amigo mío, me parece que he bebido de esa agua.

El sol iba bajando, las montañas crecían, los caballos galopaban por una excelente carretera en sentido inverso del Limmat; atravesamos una región salvaje; bajo nuestros pies había un convento blanco con un campanario rojo, semejante á un juguete de niño; ante nuestros ojos, una montaña en forma de colina, pero tan alta, que un bosque parecía un matorral; en el severo jardín del convento, paseábase un monje blanco, conversando con un monje negro; por encima de la montaña, una vieja torre mostraba á medias su faz enrojecida por el sol horizontal. ¿Qué era

aquella ruina? No lo sé. Conrado de Zagerfelden, uno de los asesinos del emperador Alberto, tenía su castillo en aquella soledad. ¿Eran aquellos sus restos? Yo no soy más que un transeunte y lo ignoro todo; he dejado su secreto á esos siniestros lugares, pero no sabía eximirme de pensar vagamente en el sombrío atentado de 1308 y en la venganza de Inés, mientras aquella sangrienta torre, ocultándose poco á poco en los repliegues del terreno, volvía á entrar lentamente en la montaña.

La carretera torció; una inesperada grieta dejó pasar un inmenso rayo de sol poniente; las aldeas, las humaredas, los rebaños y los hombres reaparecieron, y el hermoso valle del Limmat empezó á sonreir. Las aldeas son verdaderamente notables en este cantón de Zurich. Las cabañas son magníficas y se componen de tres compartimentos. En un extremo, la casa de los hombres, de madera y obra, con sus tres pisos de ventanas bajas, con vidrios pequeños y redondos; en el otro extremo, la casa de las bestias, establo y cuadra, de tablas; en el centro, el cobertizo de las carretas y las herramientas, cerrado por una gran puerta cochera. En la cúspide, que es enorme, el pajar y el granero. Tres casas bajo un techo. Tres cabezas bajo un gorro. Tal es la cabaña zuriquesa. Como veis, un verdadero palacio.

La noche había cerrado del todo; y me había dormido prosaicamente en el coche, cuando un ruido de tablas bajo el pateamiento de los caballos me despertó. Abrí los ojos. Me hallaba en una especie de caverna de madera de singularísimo aspecto. Por encima de mí, gruesos maderos curvados en forma de arcos escarzanos y arbotantes de modo inextricable sostenían una bóveda de tinieblas; á derecha é izquierda, arcadas bajas hechas de robustas vigas me dejaban entrever dos galerías obscuras y estrechas, agujerea-

das aquí y allá por cuadradas aberturas, desde las que llegaban hasta mí la brisa de la noche y el ruido de un río. En el fondo, á la extremidad de aquella extraña cripta, veía brillar vagamente algunas bayonetas. El coche rodaba lentamente sobre un enmaderado por cuyas rendijas salía un ruido ensordecedor. Una lejana antorcha, que temblaba al viento, lanzaba algunas claridades mezcladas con sombras sobre aquellas macizas arcadas de madera. Me hallaba en el puente cubierto de Zurich. Algunas patrullas vivaqueaban en torno. Nada puede dar idea de aquel puente visto á aquella hora. Figuraos la columnata de una catedral puesta al través sobre un río y bamboleándose bajo las ruedas de una diligencia.

Mientras os escribo todo ese fárrago, se ha hecho de día. Estoy desilusionado. Zurich pierde á la luz del día; echo de menos las vagas siluetas de la noche. Los campanarios de la catedral son innobles saleros. Casi todas las fachadas son lisas y blanqueadas con lechadas de cal. Veo á mi izquierda una especie de hotel Guénégaud. Pero el lago es bello; pero allá abajo, la barrera de los Alpes es admirable. Y corrige lo que el lago, rodeado de casitas blancas y de cultivos verdes, tiene tal vez de sobrado sonriente para mí. Las montañas me hacen siempre el efecto de tumbas inmensas; las bajas tienen un negro sudario de alerces, las altas tienen una blanca mortaja de nieve.

A las 4 de la tarde.

Acabo de dar un paseo por el lago en una especie de pequeña góndola á treinta sueldos la hora, como un fiacre. He arrojado generosamente tres francos en el lago de Zurich, y me pesa en parte. Es hermoso, pero es muy amable. Poseen un Neu-Munster que os

lo enseñan con orgullo y que se parece á la iglesia de Pantín. Los senadores zuriqueses viven en quintas de yeso, las cuales tienen un falso aspecto de casetas de Vaugirard. ¡Dios me perdone! He visto pasar un ómnibus, como en Passy. Ya no me sorprende si esos valientes hacen revoluciones.

Por suerte el agua azul del lago es transparente. En las vidriosas profundidades, yo veía las montañas en el fondo del lago y bosques sobre aquellas montañas. Algunas rocas y algunas algas me representaban muy bien la tierra anegada por el diluvio, y asomándome por la borda de mi fiacre de dos remos, sentía las emociones de Noé cuando se asomaba á la ventana del arca. De vez en cuando veía pasar grandes peces manchados de rayas negras como tigres. Y salvé con la punta del bastón dos ó tres moscas que se ahogaban.

La ciudad debe gustar mucho á las personas que adoran la fachada de San Sulpicio. En este momento están construyendo algunos soberbios edificios, cuya arquitectura recuerda la Magdalena y el cuerpo de guardia del bulevar del Temple. En cuanto á mí, poniendo aparte la portada románica de la catedral, algunas casas viejas perdidas y como anegadas entre las nuevas, dos agujas de iglesia y tres ó cuatro torres del recinto, de las cuales, una, que es enorme, se parece al vientre pantagruélico de un burgomaestre, no soy digno de admirar á Zurich. En vano he buscado la famosa torre del Wellemberg, que estaba en medio del Limmat, y que había servido de prisión al conde de Habsburgo y al consejero Waldemann, decapitado en 1488. ¿La habrán demolido?

Puesto que estoy con las manos en la masa, ¡pardiez!, hablemos del albergue. En el *hotel de la Espada,* el viajero no corre peligro de ser despellejado; es sabiamente disecado. El mesonero os vende la vista

de su lago á razón de ocho francos por ventana y por día. La comida que os dan en el *hotel de la Espada* me ha recordado un verso de Ronsard, que, según parece, comía mal:

La vie est attelée
A deux mauvais chevaux, le boire et le manger (1).

En ninguna parte los dos caballos son tan malos como en el *hotel de la Espada*.

A propósito, aun no os he dicho que Zurich se llamaba antiguamente *Turegum*. El Limmat lo divide en dos ciudades, el gran Zurich y el pequeño Zurich, reunidos por tres bonitos puentes, *por los cuales los ciudadanos se pasean con frecuencia*, dice Jorge Bruin de Colonia. La viña está bien expuesta al sol. Hay el vino de Zurich y el trigo de Zurich.

Os abrazo, aun cuando me hallo á mil trescientos veinte pies sobre vos.

(1) La vida está enganchada á dos malos caballos, la bebida y la comida.

CARTA TRIGÉSIMA SEXTA

ZURICH

Llueve.—Descripción de un cuarto.—Reflejo de fuera en el interior.—El viajero toma el partido de investigar en los armarios.—Lo que encuentra en ellos.—*Amores secretos y aventuras vergonzosas de Napoleón Bonaparte.*—El libro.—Las estampas.—1814.—1840.—Cosas curiosas.—Cosas serias.—Llueve.

Septiembre.

He dejado el *hotel de la Espada*, y me he alojado en la ciudad, no importa donde. Ya no estoy en la mala posada, pero tampoco tengo la vista del lago. Hay momentos en que echo de menos á la vez la mala comida y el magnífico paisaje.

Anteayer pasé uno de esos momentos. Llovía. Y me hallaba encerrado en el cuarto donde vivo; un cuartito triste y frío, adornado con una cama pintada de gris con cortinas blancas, sillas de respaldo en forma de lira, y con un papel azul pintarrajeado con esos dibujos sin gusto y sin estilo que se encuentran indistintamente en los vestidos de las mujeres mal compuestas y en las paredes de los cuartos mal amueblados. Abrí la ventana, que es una de esas antipáticas ventanas de hace cincuenta años que llamaban ventanas-guillotinas, y contemplaba melancólicamen-